



# Atacama al límite

**CON EL ENTRENAMIENTO MEDIO ABANDONADO POR FALTA DE TIEMPO;** con algunos componentes del equipo elegidos a última hora en sustitución de los buenos, que no llegaron por retraso; con la mente puesta aún en el trabajo; con la incertidumbre de qué apoyos concretos encontraría; con la inquietud de desconocer exactamente la ruta; con una dolorosa osteopatía de pubis; en fin, con la mente emborronada y aturdida por las prisas, que todo lo estropean, llegué a Chile.

**POR EDUARDO FERNÁNDEZ-AGÜERA**

**E**l aeropuerto Comodoro Arturo Merino estaba parcialmente dañado por el terremoto que semanas antes había devastado parte de la mitad sur del país, por lo que las conexiones con otros vuelos se hacían desde unas carpas provisionales instaladas en el parking. Dos horas después me encontraba sobrevolando el desierto de Atacama, escenario de mi ruta de 250 km en solitario, segunda de las cuatro que componen el proyecto 3D+A (tres desiertos y la Antártida); la primera fue en Egipto el pasado junio. Desde la ventanilla se divisaba una geografía que alternaba superficies que parecían como arrugadas con otras predominantemente planas, diáfanas. Ningún signo de vida parecía apreciarse; ninguna mancha verde que advirtiera de la existencia de agua y algo de sombra. En esos momentos me tomé por inconsciente, por un osado iluso con más pasión y arrojo que sentido común. Si no encontraba ayuda por parte de los agentes locales, ¿cómo iba a cruzar solo aquél desierto inhóspito?



La incógnita se despejó horas más tardes, ya en Copiapó, capital de la III Región de Atacama. Copayapu, en su denominación antigua, formaba parte del imperio Inca. Posteriormente, cuando Diego de Almagro descubrió el Chile continental en 1535, lo hizo atravesando la cordillera de Los Andes y bajando por la quebrada de Paipote hasta llegar a Copiapó, hoy en día una ciudad próspera gracias a las explotaciones mineras que se distribuyen por la región.

Acudí a la oficina del Servicio Nacional de Turismo (SERNATUR), institución encargada de la promoción turística de la región, con la que ya había establecido contactos de cara a la organización de un equipo logístico que, además de asesorarme en la creación de la ruta, me permitiera abastecerme de comida y agua. Sabía que contaba con su colaboración, pero desconocía hasta qué punto, si sería suficiente para conseguir mi objetivo, lo cual me producía gran desasosiego. Me estaban esperando la directora, Gladys Navarrete; el encargado de Promoción, Luis Canales; y el de Planificación y Medio Ambiente, Daniel Díaz. La hospitalidad y atenciones que recibí nada más entrar por la puerta disiparon mis temores y generaron tranquilidad y confianza. Es más, no tardaron en demostrarme la alta consideración que tenían de mi aventura, que habían hecho suya para demostrar, en la feria internacional de turismo ITB de Berlín, que, a pesar del terremoto, la Región de Atacama y Chile en su conjunto seguían activas, emprendiendo proyectos, apoyando iniciativas. Mientras oía esto me llenaba de satisfacción comprobar no sólo el apoyo

**EN BUSCA DE UN SUEÑO**  
Los que hacemos estas cosas es porque soñamos con ello y luchar por conseguirlo es hermoso, pero a veces puede perderse por el camino más de lo que se gana.

## Una ruta de contrastes

Cuando el equipo de SERNATUR en la Región de Atacama se puso manos a la obra para diseñar la ruta vieron una excelente oportunidad de mostrar el extraordinario contraste que existe en el desierto sin salir de la región. Lo han conseguido. Durante los 250 km de mi ruta he recorrido el desierto costero, inmensos valles transversales y pedregosos sacudidos por fuertes vientos; imponentes dunas que están entre las más altas del mundo; y la cordillera de Los Andes.

que, ahora sí, estaba seguro de recibir, sino que mis iniciativas eran útiles a alguien. Considero que los que hacemos estas cosas es porque soñamos con ello y luchar por conseguirlo es hermoso, pero a veces puede perderse por el camino más de lo que se gana. Las sacudidas de la lucha hacen que uno acabe perdiendo la orientación, que ya no sepa si hace o no lo conveniente, si merecen o no la pena los sacrificios... Así que descubrir que tu idea tiene sentido para otra gente es ciertamente gratificante.

Dos días después me encontraba ya en Puerto Viejo, un poblado de casas destartadas que configuran un paisaje de singular colorido a pie de playa. Hasta allí, a 70 km de Copiapó, me llevó Gino Bianchi, guía experto, propietario del operador turístico Atacama Chile y piloto del Dakar, es decir, una de las personas que mejor conoce el desierto. La idea era recorrer los 40 km que separan Puerto Viejo de Bahía Inglesa. El itinerario discurrió por una carretera que serpentea sin perder de vista el mar. A mi de-

recha, el desierto blanquecino; a la izquierda el océano Pacífico. Una vez alcanzado el cerro El Morro la carretera dibujó una "s" y descendió hasta la punta de la bahía. Dos horas después llegué al otro extremo, a Bahía Inglesa, una encantadora playa de aguas turquesas que los chilenos tienen como uno de sus destinos preferidos. Por suerte disfruté del alojamiento en el hotel Blanco Encalada, gentileza de su propietario, el propio Gino Bianchi.

A la mañana siguiente nos dirigimos al Parque Nacional Pan de Azúcar, donde los guías aguardaban nuestra llegada con el cometido de asesorarnos en la ruta. Felipe fue el encargado de diseñarla, con ayuda de su ordenador portátil y Google Earth. Se trataba de descender desde una zona alta conocida como Las Lomitas hasta el lugar donde nos encontrábamos: el Centro de Información de Parque. Treinta kilómetros en constante bajada. Una vez estuvo la ruta trazada en el programa se pasó al GPS y seguidamente iniciamos la marcha en Jeep hasta el punto de partida. Allí me despedí de Gino, que no lo volvería a ver hasta tres días después de aquel momento.

Las Lomitas es un espacio ondulante sobre el mismo borde de un acantilado de 800 metros de altitud: más allá, el mar. Una espesa neblina lo cubría todo. Es la camanchaca, que aparece diariamente a primeras horas y se disipa habitualmente a mediodía. Inicié la marcha desde el refugio de madera, que presentaba un aspecto fantasmagórico entre aquella espesura húmeda y los omnipresentes cactus, seña de identidad del parque. Felipe me había avisado de un desvío que debía tomar al llegar a un punto, siguiendo, en todo caso, las señales de las ruedas de los todo terreno. Pero llegado el momento me resultó imposible orientarme y me perdí, aunque no tardé el recuperar la trayectoria buena. Desde la zona alta del parque descendía por un laberinto de quebradas que confluyen en la principal: Aguas Chicas. Me contó Felipe que el mismísimo pirata Drake consiguió agua en un pozo de esta quebrada, con el permiso de sus moradores, claro: los changos, una etnia hoy extinta.

Cuando hube descendido casi al nivel del mar y dejado atrás la camanchaca, el cielo se despejó y pude ver un paisaje de montañas peladas y terrosas, suaves y proporcionadas, que parecían hechas de fina arena rojiza y beige. Al poco rato alcancé el poblado Pan de Azúcar y seguidamente el Centro de Información, de donde poco después me recogieron los guardas para llevarme algo más arriba en la ladera, adonde ellos tienen el "casino", es decir, su zona de estar y de recreo. Pude quedarme en una de las cabañas.

Al día siguiente de madrugada llegaron Carlos Pizarro y Óscar,



**INCREÍBLE**  
Superficie del Salar de Maricunga, a 3700 msnm.

de Atacama Eco Desierto; junto con Atacama Chile, de Gino Bianchi, los dos operadores turísticos encargados de guiarme y trabajar conmigo sobre el terreno, siempre coordinados por SERNATUR. "Se acabó lo bueno. Hoy entramos en pleno desierto y tendrás por delante una de las etapas más duras, con una distancia de 45 km". A partir de aquí la aventura tomó otro cariz. Me esperaban rutas muy largas, difíciles y sin casi nadie a más de cien kilómetros a la redonda. Carlos había introducido en el GPS las respectivas rutas de los tres días siguientes. Cada ruta constaba de unas coordenadas de partida, tres o cuatro intermedias y una de llegada; son los waypoints. El modo de operar era siempre el mismo: ir de un punto al siguiente. El propio GPS marcaba el rumbo, cuya exactitud comprobaba cada cierto tiempo con mi brújula y el mapa. No es sensato confiar ciegamente en las indicaciones del dispositivo, sino que es importante comprender dónde estás y hacia dónde te diriges.

Carlos y Óscar me dejaron a las 10:30 horas en la Quebrada de las Pinturas y me esperarían al final del día en las imponentes dunas de El Medanos, las más altas de Chile, donde se establecería el campamento esa noche. Comencé a correr con temperatura fresca a causa de la camanchaca, a 370 m de altitud. A partir de este momento me concentré en mantener el rumbo, la constante ingesta de agua y comida y, sobre todo, la calma. En cuanto salí de la quebrada y accedí al valle transversal el paisaje se abrió desmesuradamente y experimenté de golpe las condiciones de carrera que no variarían en los próximos días: suave pero incesante ascensión por una superficie, arenosa y pedregosa y con el viento en contra. Curiosamente, el calor fue lo menos duro,

**BIEN ACOMPAÑADO** Con Carlos Pizarro, mi inseparable guía que estuvo pendiente en todo momento de mi evolución.





sin duda aliviado por el viento y la altitud.

El primer *waypoint* estaba en la mina de Galleguillos, una de las muchísimas que se diseminan por el desierto. Al acercarme me pareció distinguir un perro, pero resultó ser una señal cuadrada de cemento pintada de blanco, al estilo de los antiguos mojones de carretera. Indicaciones de que esa zona está concedida a una persona o entidad determinada para extraer mineral. Cualquier chileno puede solicitar la explotación de un sector del desierto, siendo él mismo responsable de los esfuerzos y gastos derivados. Muchos lo hacen en busca de fortuna y pasan muchos años de su vida trabajando en condiciones durísimas, con la ilusión de encontrar un día un gran filón de oro o plata. Muchos lo consiguieron. En Galleguillos, junto a la principal, donde se trabaja con métodos y medios avanzados, existe una mina más pequeña excavada a pico y pala. Es una brecha abierta en el suelo, por la que se desciende, con ayuda de una escalera de cuerda y palos, a una sucesión de pozas cada vez más profundas hasta que un túnel se adentra definitivamente en la tierra ferrosa. Es simplemente, espectacular.

El resto de la etapa la recorrí algo ensimismado, concentrado en avanzar y alcanzar lo antes posible los diferentes *waypoints*. Cuando después de 50 km alcancé por fin El Medanso, la impresión que me causó la belleza del paisaje, con la Cordillera de Los Andes al fondo, me hizo ver lo aburrido que iba... Sentado en la ladera de la duna, instantes después de haber llegado, el todo terreno rojo de Carlos y Oscar apareció a lo lejos dejando una estela de polvo tras de sí. La recompensa al esfuerzo del día fue un riquísimo asado de carne, patata y cebolla, que me supo a gloria.

A la mañana siguiente la camanchaca sobre las dunas bajas creaban escenarios oníricos que cambiaban a cada momento. Me esperaba la etapa más dura de todas con diferencia, aunque aún no lo sabía. Tras un pequeño tramo de enlace inicié la ruta de otros 45 ó 50 km en dirección norte por el Camino del Inca, un antiguo sendero que se utilizaba en tiempos de esta civilización precolombina para comunicar las distintas partes del imperio. Tuve que afrontar extensas llanuras pedregosas y subidas intermina-

## Estudio sobre el rendimiento y la recuperación física

El Centro Andaluz de Medicina del Deporte ha aprovechado esta travesía para realizar un estudio sobre el rendimiento y la recuperación física durante un esfuerzo extremo continuado. Para ello llevé un dispositivo llamado *Firstbeat*, que se encarga de registrar el ritmo cardíaco durante el descanso. El objetivo, según los médicos, es evaluar el grado de recuperación durante el descanso. Para ello mantuve conectado el aparato mientras dormía todos los días de la ruta, el anterior y el siguiente.

bles por laderas igualmente repletas de roca. Además el espejismo no me dejaba ver el final de la subida, con lo cual no sabía si me quedaba un kilómetro o cuatro antes de llegar arriba y poder descender algo. A esto hay que añadirle la incertidumbre de no saber si estaba atacando la montaña por el lado bueno, pues el rumbo que marca el GPS a menudo pasa por el mismo centro y cima de la montaña, lo que obliga a rodearla para evitar ascensiones inútiles y agotadoras. Buscada un camino de vehículos que venía en el mapa. No lo veía por ninguna parte, pero sí unas señales de todo terreno. "Este debe ser", me dije. Pero el trazado de estas rodadas no coincidía tampoco con el mapa ni el rumbo a seguir. El cansancio y la impaciencia hacen que veamos cosas donde queremos verlas. Estaba buscando un camino, no lo veía por ningún lado y como deseaba hallarlo para salir de aquel infierno cuanto antes, a partir de unas simples rodadas me inventé que por allí pasaba una carretera. Menos mal que paré, reflexioné y tomé la decisión de desistir y seguir recto.

La maldita pista apareció un kilómetro después en una pequeña depresión, por eso no la distinguía.

Durante las siguientes tres horas no paré de subir; fueron además las de mayor calor, de dos a cinco de la tarde. Cuando llegué arriba y descendí ya no tenía fuerzas para

correr, aunque fuera cuesta abajo. Tardé otras dos horas y media en recorrer los últimos diez kilómetros hasta llegar a Inca de Oro, una localidad en medio de la nada nacida al abrigo de las explotaciones mineras de la zona. Allí debía preguntar por don Alejandro Cepeda, Delegado Municipal de la villa. El propio Alejandro había salido a buscarme, viendo que no llegaba, pues la última señal que envié desde el dispositivo Spot me situaba relativamente cerca de Inca de Oro. Mi arribo coincidió con el crepúsculo y la consiguiente bajada brusca de la temperatura, lo que unido al agotamiento me causaron un frío terrible. Don Alejandro tuvo la gentileza de dejarme dormir en la dependencia municipal. Pero antes me llevó al edificio aldaño a ver una exposición de fotografía que me transmitió sobre todo dos ideas: las duras, durísimas condiciones de vida y trabajo de esta gente, y la hermosa constatación de que el hombre trata de ser bueno y feliz le toque la vida que le toque.

Penúltimo día. Aunque, como era habitual, me acostaba casi sin poder andar, el efímero sueño resultaba ser increíblemente reparador. Al amanecer llegaron Carlos y Oscar para trasladarme al siguiente punto de partida: La Puerta, en la Quebrada de Paipote, la misma por la que Diego de Almagro entró en lo que hoy es Chile. El plan era llegar a la zona conocida como Las Juntas, a 3000 metros de altitud, y esperar a Gino para montar el campamento. Como el día anterior acabé muy fatigado y casi de noche, estaba preocupado por desfallecer por el camino o llegar demasiado tarde, sufriendo las consecuencias del frío, así que hice trasladar a Gino el mensaje de ir pronto en mi búsqueda para ir acompañado durante la última parte de la etapa. Pero inesperadamente me fue perfecto. Por tres razones: anduve a paso ligero, evitando el agotamiento prematuro; la línea de la quebrada coincidía exactamente con el rumbo, por lo que no había nada que sortear y me ahorra hacer más kilómetros de la cuenta; y esta vez el viento lo llevaba a favor. Fueron nueve horas dentro de la misma quebrada, subiendo sin parar, encontrando cabañas aisladas y deshabitadas y muy poca gente cuidando ganado o buscando leña. Llegué a Las Juntas al filo de la noche. Me acerqué a un pastor que me ofreció té y cobijo. Al rato llegó su compañero, que veía del monte de buscar unas cabras. Son Fernando y Humberto, habitantes de estas montañas mientras el frío se lo permite. Y cuando no, descienden con los animales hasta cotas más bajas, a una de esas cabañas deshabitadas que encontré al paso. Tienen unas 250 cabras, cuya leche utilizan para alimentarse y hacer queso. Viven en cabañas de piedra y absolutamente con lo puesto. Llevan la vida más austera que uno se pueda imaginar; son gentiles, alegres, generosos y hospitalarios. Cuando Gino llegó montamos la tienda junto a las cabañas y pasamos un buen rato comiendo.

Cuando a la mañana siguiente me vio Humberto, dijo: "¡Anda, pero si ya puedes andar!". No obstante había dormido fatal. Me sentía pringoso por la mezcla de sudor, polvo y crema protectora que cubría mi cuerpo; estaba hecho un asco. Pero ya era el último día. Cuando SERNATUR y los guías diseñaron la ruta dejaron el plato fuerte para el final: atravesar un salar a



3700 metros sobre el nivel del mar, que, de conseguirlo, sería la primera persona en hacerlo. Se trata del Salar de Maricunga, en el Parque Nacional Nevado Tres Cruces. Ante semejante desafío, mi objetivo diario era acabar lo más entero posible. Hasta el último día, cuyo objetivo era sencillamente acabar como fuera.

La ruta se extendía durante 40 km. Los inconvenientes: el cansancio acumulado, la altitud y la superficie del salar. Gino había establecido el punto de partida en la Laguna Santa Rosa y desde aquí comencé a correr bordeando el área para evitar el agua. No lejos de mí un pequeño grupo de guanacos jugueteaba y algunos flamencos permanecían inmóviles en la laguna. A medida que me acercaba al salar la tierra se iba mezclando con sal. Tras unos diez kilómetros más o menos entré en el salar. Al principio avanzaba bien pues la superficie era plana y dura, sin bien formaban círculos cuyos bordes había que sortear. Miraba constantemente el GPS para mantener el rumbo. Hasta de ese momento temía que la sal pudiera estar blanda y correr el riesgo de hundirme pero la superficie era firme, si bien se iba haciendo cada vez más desigual, hasta el punto que llegué a encontrarme en medio de un revoltijo impracticable de tierra y sal por donde a duras penas podía avanzar. Era como si hubieran arado aquella inmensa extensión. Así que me lo tomé con calma, paso a paso, mirando bien dónde ponía el pie. Pasar aquello era sólo cuestión de tiempo. Y como todo, aquel tramo llegó a su fin. Alcancé una isla de tierra negruzca y blanda en medio del salar y al atravesarla y volver al salar la superficie era de nuevo transitable. El resto fueron ya kilómetros de regocijo. Cuando llegué al final, aparte de una alegría y satisfacción inmensa, tuve la sensación de que los seis días habían pasado volando. Mientras que durante esos mismos días no deseaba otra cosa que finalizar cuanto antes. Tardé dos días en relajarme y desconectar todas las alertas del cuerpo y la mente que me habían permitido estar motivado y enérgico. Y consiguientemente empecé a sentirme agotado y con la mente otra vez emborrionada. Pero satisfecho y, sobre todo, sinceramente agradecido a una gente extraordinaria, que es lo más bonito del desierto de Atacama.



**UN VIAJE LLENO DE HISTORIA**  
Puerto Viejo, poblado de tradición pesquera y casitas de veraneo, punto de partida de la ruta.



**GRANDES AMIGOS**  
Con Humberto y Fernando en su Cabaña de Las Juntas, donde viven con su ganado a 3000 msnm.

